

Tras la línea

Sueños y recuerdos

Sergio González Rodríguez

Estoy en Guanajuato, capital. El país de los sueños y los recuerdos que me legó mi padre. Recorro, después de muchos años de haberlo hecho por vez primera, el sendero de las callejuelas en los barrios inscritos en las montañas, de los socavones de minas que terminaron por ser túneles para los coches, de los balcones con tiestos de flores que evocan a Ramón López Velarde: “Tus ventanas de antigua arquitectura / en que el canario, a trinos, alborota / la paz de tu silencio provinciano”.

Medio siglo después de haber estado allí en compañía de mi padre y mis hermanos, mi madre tenía poco de haber fallecido, recorro el sendero de los fantasmas íntimos que se desdoblán, papiroflexia telúrica, en un país que parece encarnar sus pesadillas más extremas.

Volteo al cielo, y allí está el azul límpido sobre los llanos del bajío y las montañas incipientes, el destello solar y el aire helado. La alhóndiga, la Basílica Colegiata de Nuestra Señora de Guanajuato, la Plaza del Baratillo y la escalinata de la Universidad. Diseño con mi memoria un cuadro de M. C. Escher de amplitud y hondura barrocas. Esa noche tendré un sueño breve que, entre jirones de conjeturas, ¿qué sueño no las convoca?, reconstruyo aquel deambular sobre la ciudad colonial que, quiero pensar, refleja los pasos de mi padre.

La lectura docta de los sueños surge en la antigüedad como una rama de la retórica, como consta en *La interpretación de los sueños* de Artemidoro, quien vivió en el siglo II d. C. en Daldis, en la península de Anatolia. Se le vincula con una lectura vulgarizada de la mántica, el dominio de la adivinación en la antigua Grecia. El libro de Artemidoro entrelaza sus saberes temáticos

a partir de otras fuentes y, desde luego, su propia experiencia como intérprete de los sueños. De muchos libros que dedicó al tema, sólo perduraron los cinco que se reúnen bajo tal título, cuyos rasgos son la aportación instructiva y la voluntad de prolongar la práctica onirromántica a través de su hijo.

Su libro es un catálogo de posibilidades de lecturas de los sueños, que contempla lo exterior y/o público y lo interior y/o personal. Y divide los *óneiro* en sueño directo (o de cumplimiento pronto), o bien un sueño simbólico, a ser dilucidado por el ejercicio racional, al modo en que hoy en día los jueces derivan una explicación y una justificación sobre sus sentencias.

Para Artemidoro, por ejemplo, soñar que se es decapitado tiene que ver con los progenitores. Y tal imagen anticipa la pérdida de un ser querido. A su vez, cuenta el intérprete, “cierto individuo perdió la casa que tenía, ya que la cabeza alberga, por así decirlo, las sensaciones”. Siempre cauto, Artemidoro matiza: “es evidente que las consecuencias de la experiencia onírica no serán globales, sino que afectarán —según he observado— a aquello que le resulta más entrañable, querido y necesario al sujeto de la visión”.

En esas palabras se leen los tres elementos de su tarea: el conocimiento heredado; el empeño terapéutico y la experiencia en el límite de lo real y lo incognoscible, de la que al final depende todo su oficio, pues este se funda en un distingo conceptual: los sueños son proféticos (*óneiroi*) o premonitorios (*enyphnia*); los primeros podrán acontecer, mientras los segundos sólo son indicios de los deseos personales de quien sueña.

Si se recupera la raíz retórica del oficio de Artemidoro se comprende mejor

el significado de las terapias modernas que enlazan el uso de la palabra, la memoria y la interpretación de los signos, anomalías, indicios o evidencias conductuales, gestuales o verbales: residen en la capacidad de argumentar lo irracional e incluso lo a-racional, aquello que está fuera o contra la razón. El sentido enredado de un sueño tiene dos destinatarios cuyos senderos se entrecruzan: el soñador y su intérprete. Hay allí una anterioridad que implica a los dos, y que sólo se desenreda por analogías diversas. O como el propio Artemidoro define: “la onirocrítica no es otra cosa que una relación entre elementos analógicos”.

El intérprete establece en muchos casos la cercanía de la vida de los sueños con la realidad a partir de preceptos de costumbres. En el caso de la bebida, afirma que soñar que se degusta el vino y rechazar el exceso se muestra beneficioso. Explica que beber mucho y en compañía de numerosas personas expone a la borrachera, “corolario de los excesos, de donde nace la disputa, madre de la guerra”. En las visiones oníricas, la ruptura de copas o recipientes alertan sobre peligros mortales y desastres inminentes.

En mi paseo por Guanajuato cuando era niño, recuerdo que mi padre desestimó la visita al Museo de las Momias de Guanajuato, dijo que ya las habíamos visto en las páginas de un periódico, sospecho que le desagradaba la idea de la muerte: el pudor del viudo. A mí, entonces, aquellos despojos en gesticulaciones dramáticas me parecían menos espantosas que innecesarias. Y de aquellas imágenes que pretextó mi padre guardaba la leyenda colonial sobre el enterramiento en vida de personas.

En aquellos años, el cine popular había convertido a las momias en iconos malvados que combatía algún héroe enmascarado de la lucha libre. Durante meses, ya de regreso en casa, mordisqueé los dulces locales llamados charamuscas que trajimos con nosotros y que, en mi mente, identificaba con los huesos de las momias. Chupar a los muertos fue un juego de verano.

Pasaría algún tiempo antes de que uniera aquellas momias, socavones y túneles con la lectura de un cómic célebre en mi infancia: *Tradiciones y leyendas de la Colonia*. Una historieta en tono sepia o verde o negro que ilustraba sobre la idea y las figuraciones de la época colonial en México maquinada por liberales y jacobinos, para quienes el dominio español sólo instaló en América supersticiones, torturas, sangre, hierro y fuego.

En las páginas del folletín proliferaban templos y conventos tenebrosos, monjas y curas lúbricos y un mundo maniqueo que exploraba el pasado como un paraíso para las represiones vigentes de todo tipo. Una imaginaria tan distorsionada como estimulante. El pasado: un sueño revivido.

Artemidoro recomienda que el intérprete analice los sueños desde el principio hasta el fin, y viceversa. Las lagunas de sentido puede cubrir las el saber la experiencia de quien interpreta: “en dichos casos se impondrá la necesidad de cambiar, separar o añadir letras y sílabas, o, incluso, echar mano de la isopsefía, a fin de que el mensaje resulte más claro”. *Isopsefía*: práctica de sumar los valores numéricos de las letras en una palabra para formar un solo número. Un arte que funde la música, la palabra, la aritmética y la geometría.

Una de aquellas noches en Guanajuato, soñé que estaba en una casa colonial, enclavada en un valle. La arquitectura parecía más los restos de una misión reconstruida, como las del norte del país. Tenía un ala central, adonde yo entraba en compañía de una muchacha de piel blanca y cabello lacio y corto. Era gentil, su mirada clara.

Mientras caminábamos por un pasillo que se prolongaba hacia el fondo, en un declive del terreno que disponía plataformas en descenso semejantes una de la otra, y áreas laterales de patios y jardines, levanté la vista al cielo y observé un cielo de cre-

púsculo muy cercano y demasiado hermoso como para ser cierto.

La atmósfera reflejaba una placidez y hermosura excepcionales. Le comenté a la joven: “¿podemos cambiar el cielo?, parece muy artificioso”. Ella respondió: “sí, podemos”. Volví a levantar los ojos y esperé a que el azul intenso, las nubecillas color púrpura y el brillo de las estrellas disminuyeran. Se mantuvieron sin cambio. El sueño se disolvió hasta el despertar, miraba aún al firmamento.

Artemidoro opina que ver entre sueños un aire límpido y puro es buena señal para cualquier persona, pero, en particular, para quien busca un objeto perdido o desea emprender un viaje. El cielo oscuro vaticina tristeza. Agrega que soñar que la atmósfera está baja es bueno para los adivinos y los observadores de los fenómenos celestes.

Contrapongo mi lectura parcial: en la víspera, yo había tomado fotografías de Guanajuato, portadas de los edificios, calles, alguna toma de una Virgen de Guadalupe pintada en el muro de una casa. Y, antes de guardarlas en el archivo electrónico, las edité mediante el menú que

indica la posibilidad de registrarlas en blanco y negro, virarlas a un color sepia, intensificar los colores o desvanecer los contornos. De allí pudo provenir el núcleo del sueño: mi deseo expresado a la muchacha acerca de transformar lo artificioso en un entorno distinto.

La incredulidad extrema no sólo impide el crecimiento de la imaginación, sino que termina por corroer la observación de los hechos. Y cuando alguien lee un libro o ve una película o disfruta una obra de arte, es preciso disponer de un suspenso entre el acontecimiento y el flujo de la existencia. Creer para crear.

Mi incredulidad moderada sería el resorte de tal sueño, pero el resto de los elementos podría acomodarse a una multiplicidad de interpretaciones (mi padre, la búsqueda de su figura, el tiempo cíclico, el trayecto vital, etcétera), incluida la propuesta por Artemidoro y su certeza acerca de que el sueño tiene dos destinatarios: el soñador y el intérprete. La convergencia trascendente del acto de soñar son palabras para el otro. En el vasto universo, Artemidoro continúa su oficio. **U**

